



CAPÍTULO XVII

Reglas y espíritu de la Visitación.—Cómo preparó Dios á la venerable Madre de Chantal por medio de su Providencia para que fuese Fundadora de este Instituto.

1616 — 1617

SI se anunciase hoy que las Hermanitas de los Pobres despedían á sus infelices ancianos, se encerraban en una impenetrable clausura, y se consagraban únicamente á la oración, ¡con qué admiración primero, con qué sentimiento después, se acogería, y cuánto se criticaría, por último, semejante resolución! No sucedió así en el siglo XVII, lleno aún del sentimiento vivo de las cosas divinas, y á quien la utilidad de las obras de *Marta* no había hecho olvidar lo sublime de las de *María*. Cuando se supo que la Madre de Chantal y sus hijas consentían, por fin, en sustituir al servicio de los pobres la vida de oración y perpetua adoración, todo el mundo se llenó de entusiasmo. De todas partes recibía San Francisco de Sales cartas de enhorabuena, pidiéndole casas de su Instituto. «Verdaderamente—escribía el Santo—la cosecha es muy grande; es menester confiar en que Dios mandará obreros. Tolosa desea á nuestras hijas de Santa María, lo mismo que Moulins, Riom, Montbrison, Reims; pero lo particular es que en todas partes piden á la Madre.»

San Francisco de Sales no se apresuraba á satisfa-

cer tales peticiones. Por una parte, la venerable Madre de Chantal había vuelto muy fatigada de Lyon, con una especie de languidez y enfermedad que la imposibilitaba para viajar, y la tuvo en la cama casi una gran parte de los años 1616 y 1617. Por otra, San Francisco de Sales, después de haber trazado el plan general de su Instituto, se preparaba á emprender un trabajo muy largo y muy difícil, para el cual necesitaba ser ayudado con las luces y la experiencia de la Santa, y en el que pensaba emplear todo el año 1616 y tal vez el de 1617, á saber: redactar las reglas y constituciones del Instituto naciente. En fin, se veía llegar todos los días al convento de Annecy á una porción de jóvenes arrancadas al mundo por las más extraordinarias vocaciones, capaces de las virtudes más eminentes, que serán dentro de poco Fundadoras y Superioras de las primeras casas de la Orden, pero que eran entonces jóvenes; novicias unas, y otras profesas de sólo dos ó tres años; y San Francisco de Sales, poco ansioso de extender una Orden cuyas reglas ni aun redactadas estaban todavía, quería emplear algún tiempo en formar á estas jóvenes religiosas, y en empaparlas profundamente en el espíritu del Instituto, antes de lanzarlas á las ocasiones y peligros de las fundaciones.

Ya conocemos la primera generación de las hijas de Santa Juana Francisca. La segunda es muy parecida. La misma inocencia, la misma juventud, la misma virtud, las mismas mundanas esperanzas, sacrificadas generosa y alegremente al amor de Dios.

Ana María Rosset, la primera de esta segunda generación que entró en el monasterio, era una joven de diecisiete años. Su madre la llevó un día por casualidad á San Francisco de Sales: «Mirad—dijo graciosamente el Santo—¡qué ovejita! ¡Falta saber si querrá que la esquilen!» Al instante se puso la niña de rodillas, y presentó al Santo su cabeza, dándole tijeras. Era un alma

muy dulce, sumamente tímida, reservada para con las criaturas, que parecía no ver, pero llena en su interior de poesía, de dulces ensueños, que cambió, después de su entrada en la religión, en recogimiento y vida contemplativa. Esta fué la que, preguntando un día la Madre de Chantal en la recreación á las Hermanas adónde irían si se les permitiese alguna peregrinación, y diciendo una que á Roma, otra á Jerusalén, y otra que á Compostela, al sepulcro de Santiago, respondió con fervor: «En cuanto á mí, el gran viaje que quisiera hacer, sería salir de mí misma para ir á Jesucristo.» Al decir estas palabras quedó arrobada, y de tal modo, que la Madre de Chantal tuvo que mandar se la llevarsen. Se presentía al verla que no sería á propósito para fundar ó gobernar monasterios, pero que los embalsamaría con los perfumes de su vida interior. San Francisco de Sales, que comprendía tan bien las más secretas operaciones de Dios en las almas, encantado de lo que pasaba en la de Ana María, ponía por escrito lo que iba notando en ella.

María Dionisia de Martignat, la que más se parecía á la que acabamos de describir (Ana María Rosset) en cuanto á los dones de oración, había tenido en el mundo una vida más agitada. De una noble familia de Bresse, hermosa y de talento, había sido pretendida en matrimonio cuando era todavía muy joven, y antes de cumplir los dieciséis años se había concertado su casamiento con un joven caballero á quien amaba, y de quien era amada. Se había ya señalado día para la boda, cuando una carta de su hermano, que era religioso, la reveló el inefable precio de la castidad. Movida por el toque de la gracia de Dios, regó esta carta con sus lágrimas, se la hizo leer á su prometido, y durante muchos meses trató de elevar su corazón y el de aquél por encima de todos los afectos humanos; pero viendo que adelantaba poco en su tarea, resolvió rom-

per con él. El día de Navidad hizo voto de castidad, y habiéndolo escrito por su propia mano, se lo hizo leer á su novio en el mismo momento en que llegaba para conducirla al altar. Torrentes de lágrimas fueron la única respuesta del joven caballero, y pasó un año sin que María Dionisia volviese á verle. Al concluir éste, y en el mismo día de Navidad, ¡cuál fué la alegría y la admiración de la señorita de Martignat, cuando su novio vino á darla la noticia de que él también iba á consagrarse á Dios! Lloró de alegría, y uno y otro fueron á depositar sus promesas sagradas en un altar del santo Rosario, á cuyos pies se había esperado que pronunciarían otros votos. Esto es lo que ellos llamaban «el entierro y funerales de los humanos amores.» Algún tiempo después, el joven caballero tomaba el hábito de Recoleta, llegando á ser ferviente religioso. La señorita de Martignat hubiera querido seguir su ejemplo, pero no había llegado su hora, y las circunstancias iban á empeñarla más y más en el mundo. La hicieron camarista de la duquesa de Montpensier, y poco tiempo después, de la reina María de Médicis; pero en una y otra corte supo no sacrificar nada á la vanidad ni perder nada de su fervor, á pesar de lo que en ella agradaba. Los jóvenes caballeros de la corte se decían unos á otros: «Tened cuidado con vos mismo, no os enamoréis de la señorita de Martignat, porque—añadían riendo y como por modo de proverbio,—os hará, á no dudarlo, Capuchino ó Recoleta.» Iba en un carruaje á treinta pasos del coche donde Enrique IV fué asesinado, y disgustada de un mundo en que había visto, además del asesinato de un Rey, el fin trágico del Mariscal de Ancre y de su esposa, y el trastorno de tantas grandezas, pensaba en dejarlo todo, cuando nuevos favores de la fortuna la llevaron á la corte de Saboya. En esta, como en la de Francia, apareció siempre brillante y siempre santa, tan llena de talento como de fervor. Bajo sus vestidos

de seda llevaba un cilicio; ayunaba muchos días á pan y agua; pero siempre estaba alegre, y no dejaba de tomar su parte en los helados y dulces. Durante la comedia, porque siempre había baile, pantomima ó comedia en la corte, rezaba callandito su rosario, y cuando había concluido, hacía imperceptiblemente la señal de la cruz sobre sus ojos, y les prohibía ver nada. Y todo esto «sin hacer la beata, ni la gazmoña, sin ser escrupulosa ni aparecer singular» (1), sino manifestándose siempre alegre, graciosa, amable y complaciente con todos. «Las Infantas la buscaban sin cesar, y la duquesa de Nemours no podía pasarse sin ella.» En medio de todos estos placeres, pudiendo haberlo pretendido todo, se retiró la señorita de Martignat para entrar en el claustro y tomar el velo de las Esposas de Jesucristo.

Otras vocaciones fueron más humildes sin ser menos generosas. Francisca Gabriela Bally no había visto nunca el mundo; no conocía más que el lecho y el sillón de su paralítico y anciano padre. Desde los seis años hasta los dieciocho este fué todo su horizonte. Por la mañana le ayudaba á levantarse, le sentaba en su sillón, le preparaba sus comidas, y tomando su labor trabajaba á su lado haciéndole compañía. Como los dolores de su padre se aumentaban de noche, cercenaba su sueño para velarle y distraerle leyendo en un buen libro. Doce años pasaron así, en un sacrificio continuo que aniquilaba su corazón. Murió su padre, y pasó desde su lecho fúnebre al claustro, como se pasa de un sacrificio á otro sacrificio, ó más bien, de un amor á otro amor mucho mayor. No padeció desengaños, ni decepciones, ni desprecios. Había amado á su padre, y había estado encerrada con él para cuidarle; y después de la muerte de éste se encerró de nuevo para servir mejor á su Dios. A esto se reduce todo el secreto de su vocación.

(1) *Vida de las primeras Madres*, tomo II, pág. 167.

La de María Pernet fué casi del mismo carácter. Era ésta una joven de dieciséis años, que no sabía nada del mundo, sino que vale infinitamente menos que Dios. Desde muy niña se había hecho notar tanto por su inocencia, que se la llamaba el Angelito de Annecy. Ya jovencita, se aumentó su modestia, «y nunca—dice un historiador—se la pudo persuadir á que llevase descubierta la garganta, como se usaba entonces, y supo inventar una cierta moda de un pañuelo al cuello, que la tapaba tan exactamente como si fuera religiosa.» San Francisco de Sales, que la confesó una vez, considerando la pureza virginal de este corazón, no pudo menos de decir en alta voz con admiración: «Esta niña es una verdadera hija de la Virgen.» A los diecisiete años recibió el velo de manos de la Madre de Chantal, y durante su noviciado no tuvo más que una tentación: el recuerdo de su madre; se acusaba de amarla demasiado y sentirse muy feliz cuando la veía en el locutorio.

Cuando se leen hechos semejantes (que abundan, por cierto, en los principios de la Visitación) es preciso reirse, pensando en las ideas que tiene el mundo acerca de la vida religiosa, en los colores sombríos con que pinta un monasterio, y en los estorbos ridículos ó absurdos que pone á menudo delante de las almas á quienes Dios llama á santificarse en el claustro.

No se crea, sin embargo, que la vocación de todas las religiosas fuese semejante á la de las que acabo de pintar; pero no sé si la vocación de aquellas á quienes, como á San Pablo, tuvo Dios que derribar en tierra y arrancarlas de entre los placeres del mundo que las fascinaban, es todavía más tierna. Ana Catalina de Beaumont, que fué tan ilustre fundadora, tan grande é insigne Superiora, estuvo hasta los treinta años de su edad bajo el encanto del mundo. En vano el Ilmo. Camus, Obispo de Belley, predicando en Chambery, había querido enseñarle el método de orar, porque se ha-

bía burlado de ello; en vano San Francisco de Sales, predicando dos años después del mismo asunto, había emprendido el sitio de este corazón, seducido por el mundo. Ana Catalina se confesó con el Santo, lloró á todo llorar, hizo los más firmes propósitos, mas apenas partió el bienaventurado, cayó de nuevo bajo el yugo y el encanto del mundo, pero no se atrevió á casarse por miedo de ser infiel á Dios, ni á entrar en el claustro por no renunciar al mundo. Fué menester que una grave enfermedad, y el sepulcro abierto, por decirlo así, á sus pies, le abriese los ojos. Vino al convento á la edad de treinta años, después de quince de lucha contra Dios; pero desde el primero de su entrada en la religión, San Francisco de Sales, encantado de la firmeza de su conducta, la llamó la hija del buen ejemplo. Fué una de las más excelentes entre las primeras Madres de la Visitación.

María Amada de Rabutín no disputó menos con la gracia. Perteneciendo á la ilustre familia de Rabutín, cuyo espíritu poseía junto con toda su vanidad, no soñaba más que con placeres é independencia, cuando de repente se vió expuesta al peligro inminente de perder la vida. Entró dentro de sí, pero esto no fué más que un relámpago. Pasada la enfermedad, volvió con la salud el gusto por los placeres, y habiendo pedido su mano un joven caballero, se la concedió gustosa. Pero aquí la esperaba Dios. Ocupada enteramente en los preparativos de su boda, entró un día en la iglesia de Cluny, y apenas se había arrodillado á los pies de una imagen de la Virgen, cuando sintió apoderarse de su alma un inmenso disgusto del mundo y un vivo deseo de darse á Dios. Tal vez hubiera sucedido con esta resolución lo que con otras muchas, que no hicieron más que atravesar por su alma, desvaneciéndose en seguida, si la Madre de Chantal no hubiera pasado entonces por Borgoña. La señorita de Rabutín la confió su pro-

yecto. «Pues hacedlo pronto, hija mía,—respondió la Santa—ya sabéis que Dios es enemigo de dilaciones.» Entró algunos días después en el monasterio de Annecy, y fué menester que la Madre de Chantal desplegase toda su energía para moderar su penitencia y afán de sacrificios. Cooperó á las más importantes fundaciones, durante las cuales brilló su dulzura, que era admirable.

Pero de todas las que la gracia sacó á pesar suyo de en medio del mundo, ninguna fué más célebre, por su resistencia primero y por su generosidad después que la gracia triunfó en ella, que la señorita María Margarita Michel, perteneciente á una rica familia del Franco-Condado. Su mayor peligro, como el de otras tantas jóvenes, era la belleza de su rostro. Una noche le pareció ver en sueños á un Niño vestido de blanco que acercándose á ella le arañó toda la cara diciendo: «Así pareceréis mucho más hermosa á los ojos de vuestro Esposo.» María Margarita se despertó gritando que tenía toda la cara desollada, y como no tenía señal ninguna en ella, le dijo su madre que estaba soñando, y le mandó se tranquilizase y volviese á dormir. Dos días después la viruela atacó á Margarita, y su rostro quedó del todo desfigurado. Pero le quedaban aún tantos medios para agradar al mundo, tanto talento, viveza y gracia, tantas habilidades de todas clases, que continuó del mismo modo su vida disipada y mundana. Un día que volvía de un gran baile, y descansaba un instante, vió aparecer de repente al mismo Niño que la había arañado; parecía muy irritado, y le dijo: «Te extravías demasiado, pero yo sabré detener los insensatos arranques de tu juventud.» Y cogiéndola los pies, se los estrujó con tanta fuerza, que dió un grito. Algún tiempo después dió una caída y se hizo una herida en un pie, quedándose coja para toda su vida, á pesar de haber apurado para curarla todos los recursos del arte. Al cuarto día después de este accidente, estando lloran-

do y sumamente desconsolada, vió aparecer al mismo Niño radiante de luz. Margarita tuvo miedo, y escondió su cabeza bajo las sábanas. «Ya te había advertido—le dijo sonriéndose—que detendría las locuras de tu juventud. Y pues que tu cuerpo se afeó, da siquiera ahora tu corazón á Dios.» Margarita trató, en efecto, de hacerlo así. En su lecho de dolor, en el cual estuvo postrada seis semanas, aprendió á orar, y su alma comenzó á tomar el gusto de las cosas divinas. No obstante, la naturaleza no estaba vencida. Uno de los primeros días de su convalecencia, se miró Margarita por casualidad en un grande espejo; su rostro afeado, y su cintura y cuerpo deformes, la arrancaron dolorosas lágrimas. En el mismo instante se apareció el Niño divino con un velo, sobre el cual estaba pintada la imagen de Jesús moribundo. «¡Ay! ¿Qué es esto?—exclamó Margarita.—El amante de vuestra alma—dijo el Niño—mirad lo que le cuesta el amaros.» El corazón de Margarita se conmovió con este pensamiento, y desde entonces estuvo contenta con sus deformidades, que no hubiera cambiado por todas las ventajas del mundo.

Decidida á ser religiosa, vino á buscar á San Francisco de Sales, un poco apurada, porque descontenta su familia con esta resolución no quería darle dote. «Pues bien, hija mía—le dijo San Francisco de Sales,—si no tenéis nada, tampoco nosotros queremos nada. Ofreced á Dios esas dos *nadas*, é id á decir á la Madre de Chantal que os reciba por nada.» La Santa Fundadora la acogió alegremente, y el bienaventurado Obispo quiso darle el hábito. Su noviciado fué célebre por sus sacrificios, su vida por sus admirables y numerosas fundaciones. «¡Oh!—decía San Francisco—¡qué bien anda esta coja!» En efecto, aquella coja gobernó las casas de Belley, de Dijón, de Bercelli y Arona; fundó las de Besançon de Dola, de Gray, de Salins y de Soleure; preparó las de Fribourg, Plasencia y Milán, y la

de Munich en Baviera; en fin, si aquella coja hubiese vivido un año más, hubiera llevado la Visitación naciente hasta al mismo Canadá.

Pasemos ahora á hablar de otra persona, no ya noble, ni aun de la clase media, sino de una pobre aldeana, de una niña abandonada y recogida por caridad, que no sabía leer ni escribir, y cuya sencillez era tan grande, que las Hermanas la denominaban riéndose Hermana Simpliciana.

Tendría unos diecinueve á veinte años cuando su anciano tío la llevó al monasterio. Al otro día, encontrándola la Santa en los claustros con la escoba en la mano, le preguntó por qué deseaba ser religiosa. «Porque mi tío me ha dicho—respondió la buena criatura—que no soy bastante avisada para vivir en el mundo en el santo temor de Dios, y tanto más, cuanto que yo creo todo lo que me dicen, y hago cuanto me mandan.» La Madre de Chantal volvió á preguntarle por qué era tan sencilla. «Porque—contestó—yo no puedo creer que un cristiano quiera hacer ó decir nada que sea malo. Los hugonotes son los que hablan y obran mal. Así, jamás creo yo, ni he creído nunca lo que me han dicho.» ¡Cuánta inocencia y cuántas luces hay en esta sencillez!

Como había oído decir que la vida religiosa era vida celestial, y que las Hermanas de Annecy vivían como ángeles, entendió á la letra estas palabras, y creyendo que en la religión no tenía necesidad de ninguna cosa corporal, dió á los pobres toda su ropa blanca y todos sus vestidos. Así se admiró mucho cuando oyó á la Madre de Chantal preguntarla dónde tenía su pequeño equipo. Esto descompuso todas sus ideas. Pero se admiró mucho más cuando vió que las Hermanas comían en el refectorio, y se retiraban á sus celdas para dormir. Después de pensar largo tiempo cuál sería la razón de esta infracción de las reglas de la vida angélica,

ca, creyó por fin haberla encontrado. «¡Ah!—se dijo á sí misma—estas buenas religiosas no comen por necesidad que de ello tengan; no, porque son ángeles que viven con sólo el espíritu. Pero comen y duermen para inspirarte confianza á ti, pobre y miserable, que viniendo como vienes del mundo, cargada de imperfecciones y defectos, no puedes vivir sin comer ni beber. ¡Dios mío!—añadía—¡qué grande es la caridad de estas religiosas!»

Todo lo que veía en el monasterio la hacía prorrumpir en gritos de admiración; el recogimiento de las Hermanas, el silencio de los claustros, el canto del Oficio, las procesiones á las capillas, las inclinaciones á la Superiora. «¡Ah, Dios mío!—decía—¡qué bueno es todo esto! ¡Adónde me he criado yo, Señor! ¡Qué miserable soy habiendo estado tanto tiempo sin conocer tan buenas cosas!» Cuando las Hermanas hablaban de Dios, se deshacía en lágrimas. «Mi buen tío—decía—sabía muchas cosas, pero no sabía esto.» Así casi no se atrevía á llegarse á las Hermanas. «Tú no eres más que una pobre campesina muy rústica, y no debes acercarte á estos ángeles.» Cuando estaba en la cocina, se arrojaba y besaba los utensilios de que se servían las Hermanas; «porque—decía—yo no soy digna de tocar lo que sirve para las Esposas de Jesucristo.»

Sencillez, humildad é inocencia, he aquí los perfumes que exhalaba esta alma escogida. Con esto se tienen éxtasis, se hacen milagros, y así lo veremos en esta humilde joven, que no sabía leer ni escribir, pero que supo y anunció anticipadamente á San Francisco de Sales el día de su muerte; y cuando la Santa Madre, abrumada con esta desgracia, necesite de un alma que pueda comprenderla y consolarla, no buscará otra sino á la Hermana Claudia Simpliciana (1).

(1) *Las vidas de las primeras Madres. La Hermana Claudia Simpliciana Fardel, t. II, pág. 1.*